faciant,—para lo cual deben huir ante todo de la muchedumbre de aduladores, «*gravissima pestis potentium*». Nada más apropiado para tales fines que una educación bien dirigida, por la cual se inculquen á los niños ideas sanas de virtud y de moralidad, y se instruya más á fondo á los jóvenes en las letras y en la Religión; «mas no en la religión que se reduce toda á simulacros y ceremonias externas—*non religionis quae exterioribus signis ac caerimoniis tota collocetur*,—mientras consiente la impiedad y la impureza en los ánimos; ni tampoco en las letras que predisponen á la contienda y á la disputa y hacen á los hombres, en vez de prudentes, pertinaces en el error, sino en aquellos estudios por los cuales se ordenan las costumbres y se gobierna la vida, y en aquella Religión que, levantando los ánimos á superior esfera, los convierte al cuidado de la honestidad y los inflama en el amor de los bienes celestes.»

XII

Doctrina de Vives acerca de la Historia.

Fuentes:

A) *De causis corruptarum artium* (lib. II, cap. 5-6.—VI, 101-109).
B) *De tradendis disciplinis* (lib. V, cap. 1-2.—VI, 386-401).
C) *De initiis, sectis, et laudibus philosophiae* (III, 1-24).
D) *Commentaria in XXII libros De Civitate Dei Divi Augustini* (Basileae, M.D.LV.).
E) *De conditione vitae christianorum sub Turca* (V, 447-460).
F) *In Suetonium quaedam* (VI, 438-440).
G) *De Francisco Galliae Rege a Caesare capto* (VI, 449-452).
H) *De Europae dissidiis et bello Turcico dialogus* (VI, 452-481).

Las afirmaciones de Vives relativas á la historia, de las que algo hemos dicho ya, ofrecen excepcional importancia. Por ellas puede ser considerado como uno de los iniciadores de la nueva corriente, defendida en España, entre otros, por el P. Andrés, por Campomanes, por el P. Martín Sarmiento, por D. Juan Pablo Forner y por D. Gaspar Melchor de Jove-Llanos, y aplicada por Masdeu, Capmany, Tapia, Gonzalo Morón, Pérez Pujol y Altamira (1), según la cual debe cambiarse el concepto tradicional de aquel estudio, ha ciéndolo más comprensivo que una mera narración

de acontecimientos políticos; defendiendo, en suma, como el vivista Forner decía, que:—«La historia de la religión, de la legislación, de la economía interior, de la navegación, del comercio, de las ciencias y artes, de las mudanzas y turbulencias intestinas, de las relaciones con los demás pueblos, de los usos y modo de pensar de éstos en diferentes tiempos, de las costumbres é inclinaciones de los monarcas, de sus guerras, pérdidas y conquistas, y del influjo que en diversas épocas tiene todo este cúmulo de cosas en la prosperidad de las sociedades civiles, es propiamente y debe ser la historia de las naciones» (2).

Acepta Vives como definición de la historia el conocido concepto formulado por Cicerón en el libro segundo *De Oratore,* y expone á seguida las causas que han contribuído á la decadencia de aquel género literario: —«Su primera corrupción — dice — consistió en mezclar mentiras con hechos reales», y atribuye tal *depravatio* á los poetas. Estos, que fueron los más antiguos escritores, ganosos del aplauso popular, prefirieron cautivar á los lectores con la brillantez de los períodos y la magia del relato, á proporcionarles fructífera enseñanza con la verídica narración de los acontecimientos pasados.

De aquí la poca escrupulosidad en comprobar la exactitud de las afirmaciones y el fundamento de las noticias, la confusión de las fechas, la ausencia de una puntual cronología, y como corolario el gran número de fábulas que nos ha legado la antigüedad. «Donde unos cuentan sesenta años, otros sesenta mil; donde unos ciento, otros doscientos mil; como en los años Egipcios y Caldeos, en los cuales aquella gente mentía descaradamente.»

A este propósito, como hemos dicho en el capítulo IV, formula Vives un juicio general de los historiadores griegos, en que quedan bastante mal parados, y no con entera justicia, porque si algunos adolecen de los defectos que el humanista español señala, otros en cambio deben tenerse por perdurables modelos de crítica y de buen decir, y así lo demostró contra Vives Gerardo Juan Vossio en su libro *De historicis graecis* (3). Refiérese Vives especialmente á Herodoto y á Diodoro Sículo, á quienes acerbamente censura:—«ut Herodotus, quem verius *mendaciorum patrem dixeris,* quàm, quomodo illum vocant nonnulli: *parentem historiae;* et Diodorus Siculus, quem nescio cur Plinius dicat desiisse primum apud Graecos nugari, quum nihil sit eo nugacius.»

Otro de los vicios que con mucho acierto reprueba nuestro humanista en la narración histórica, es la excesiva atención que se concede á los hechos de guerra. Entiende que tales relatos sólo sirven para estimular á cometer otras hazañas semejantes, y encuentra poco justo ensalzar á hombres como Julio César, que tanto exterminio aportaron al género humano con sus guerras, así generales como civiles; y bien mirado—dice—¿qué otra cosa son todas las guerras de los hombres sino civiles?—*At, si quis acutè inspiciat, ¿quid aliud sunt omnia inter homines bella, quàm civilia?*

Trata luego Vives de los historiadores modernos, y critica en ellos el poco esmero que ponen al ocuparse en las cosas antiguas, de lo cual — dice — dan buena muestra el libro *De vitis philosophorum* (4) y el titulado: *Gesta Romanorum moralizata* (5). «¿Qué necesidad había de tantas mentiras? ¡Como si la moralidad que buscaba no pudiera encontrarla en los auténticos hechos de los Romanos!» A los historiadores de sucesos modernos les censura por su escasa imparcialidad. Por eso Justo Lipsio, y después Fray Jerónimo de San José en su *Genio de la Historia* — 1561 — no quieren que se escriba la historia contemporánea, recelando que produzca malas consecuencias el miedo á los agravios que pudiera originar en los que aun viven ó en sus inmediatos descendientes.

No menores defectos reprueba en los historiadores sagrados. Refiriéndose á la *Legenda Aurea* (6), dice:—«¡Cuán indigna de Dios y de los buenos cristianos es esa historia de los santos titulada *Leyenda de oro,* á la cual ignoro por qué razón califican de *áurea,* cuando más bien ha sido escrita por hombre de férrea palabra y plúmbeo corazón —*ferrei oris, plumbei cordis!*— ¿Qué cosa más hedionda —*foedius* — que semejante libro? ¡Oh cuán vergonzoso es para nosotros los cristianos no haber procurado conservar con diligencia y exactitud la memoria de los hechos de

nuestros prestantísimos santos, para conocimiento de la verdad é imitación de su virtud, mientras que los Griegos y Romanos escribieron con tanto cuidado las vidas de sus sabios!»

En algunos historiadores modernos, como los franceses Jehan Froissart (1333-1419), Enguerrand de Monstrelet (1390? - 1453) y Philippe de Commines (1445-1509), y el español Mosén Diego de Valera, encuentra Vives cierto mérito, pero condena la omisión que á veces hacen de los sucesos más importantes, y la puntualidad con que refieren insignificantes bagatelas. Censura también su poca discreción al llenar la historia de largos diálogos, insoportables amonestaciones y frigidísimas arengas. Compárales, por último, con los antiguos, y especialmente con Livio, Tácito y Tucídides, sosteniendo la superioridad de los últimos sobre aquéllos. «Iam — dice, refiriéndose á los modernos — *prudentiae* nihil possis illinc haurire; non conciones admiscent, quas iuvet legere; non sententiam suam acute interponunt; non prudenter admonent: sunt in illis, quos modo nominavi, quidam dialogismi, et sermones, et admonitiones loquacissime, et frigidissimae, *ut mirer esse tam patientem ullum stomachum, qui illa possit devorare*, dumtaxat quod res insulsae, nullo condimento concinnantur, non eruditionis, non acuminis, aut iudicii, non eloquentiae, et ornatus orationis.»

En lo de alabar á Felipe de Commines coincide con Vives el ilustre Mélanchthon, quien, en un plan de educación redactado para Juan Federico, Duque de Stettin y de Pomerania, propone consagrar algún tiempo después de medio día á la lectura, ya de Salustio, ya de Julio César, ya de Commines (7).

Termina Vives la parte que dedica á exponer las causas de la depravación de la Historia, haciendo una ligera crítica de los libros de Caballerías, de los cuales dice que su lectura estraga el espíritu, como ciertos manjares dulces y almibarados el estómago. Entre esos libros menciona dos *españoles:* — *Amadis de Gaula* (Salamanca, 1508) y *Don Florisando, príncipe de Cantaria* (Salamanca, 1510), dos *franceses:* — *Lanzarote* y la *Tabla redonda;* y uno *italiano:* — *Orlando* (8).

Al tratar en el libro V *De tradendis disciplinis* de las causas que pueden contribuir á remediar esa corrupción de la Historia, comienza definiendo la *prudencia:* «peritia accommodandi omnia — quibus in vita utimur — locis, temporibus, personis, negotiis». De dos elementos procede la prudencia: del juicio, y de la experiencia de la vida — *iudicio atque usu rerum.* — El juicio no puede enseñarse, porque es una facultad natural, pero puede limarse y perfeccionarse con la lectura de los buenos autores, como Platón, Aristóteles, Demóstenes, Cicerón, Séneca, Orígenes, San Crisóstomo, San Jerónimo, etc. En cuanto á la experiencia, nace de la propia observación y del conocimiento de las cosas que fueron.

He aquí, aparte de su amenidad, la utilidad que ofrece el estudio histórico. Sin él, no sólo estaríamos en completa ignorancia de nuestro origen, sino que desconoceríamos gran parte de los descubrimientos científicos. Faltando la historia, ¿qué sería, por ejemplo, de la medicina?

Pero si la historia ha de prestar estos servicios, preciso es que se narre con puntualidad y que no se falsifique su concepto, porque es grave error — dice Vives — imaginar que esta disciplina ha de versar sobre cosas pequeñas ó frívolas, cuya investigación supone considerable trabajo y esmeradísima diligencia, pero cuyo fruto es nulo ó insignificante. «*At vero in cognitione historiae minime convenit nos circa frivola et molesta detineri, in quibus laboris est, et curae multum, fructus omnino nihil.*»

Insiste asimismo el humanista en que se conceda menos importancia á las narraciones bélicas de la que suele otorgársele en los libros de historia, pues debe atenderse preferentemente á otros asuntos más en harmonía con la naturaleza humana. «*Latius igitur et fructuosius* — dice Vives — *fuerit dare operam togatis rebus.*»

El capítulo segundo, libro quinto, del tratado *De tradendis disciplinis* es de la mayor importancia. En él formula Vives su juicio acerca de los historiadores antiguos y modernos. Recomienda que se lea primero un compendio de Historia Universal, para tener idea general del conjunto de los hechos, y después podrá pasarse al estudio de las historias

particulares de los diversos pueblos y épocas. Habla del falso Beroso de Fray Juan Nanni ó Annio de Viterbo, en los siguientes términos: «libellus circumfertur Berosi Babylonii titulo de eadem re, sed commentum est, quod indoctis et otiosis hominibus mire allubescit» (9). Menos avisado se mostró Lebrixa, quien reimprimió la colección de Annio, aunque omitiendo los comentarios de Fray Juan y sin añadir nada suyo (10). Menciona los siete libros de las *Décadas* de Tito Livio, recientemente descubiertas en la fecha de la publicación del tratado *De tradendis disciplinis*. Cita entre los historiadores que trataron de cosas españolas al Arzobispo Don Rodrigo, á Lucio Marineo Sículo, á Pedro Mártir de Angleria y á Mosén Diego de Valera, — «*quorum multi sunt legi et cognosci non minus digni, quàm plerique de Graecis vel Latinis*».

Esta es la doctrina fundamental de Vives acerca de la historia. Bacon, en el libro segundo de su obra *De dignitate et augmentis scientiarum*, expone ideas análogas.

Para Bacon, la división más exacta que puede hacerse de la ciencia se saca de la de las tres facultades del alma humana: memoria, imaginación y razón; á la memoria corresponde la historia, á la imaginación la poesía, á la razón la filosofía. La historia es *natural* ó *civil*. En la historia natural se narran los hechos de la naturaleza; en la civil los del hombre. La historia civil es de tres especies: 1.ª, historia sagrada ó eclesiástica; 2.ª, historia civil propiamente dicha; 3.ª, historia de las letras y de las artes.

El plan trazado por Bacon es mucho más vasto y grandioso que el de Vives. Para el autor inglés, el objeto de la historia literaria es amplísimo. «Se trata—escribe—de revolver en los archivos de todos los siglos, y de investigar qué ciencias y qué artes han florecido en el mundo, en qué tiempo y en qué lugares han sido más ó menos cultivadas; señalar con el mayor detalle su antigüedad, sus progresos, sus emigraciones á las diferentes partes del mundo—porque las ciencias tienen sus emigraciones, como los pueblos;—además, su decadencia, el tiempo en que cayeron en olvido y el de su renacimiento; de especificar, con relación á cada arte, la ocasión de su invención; de decir qué reglas y qué

tradiciones se han observado al transmitirlas, qué métodos y qué planes se han formado para cultivarlas y aplicarlas; de añadir á esto las sectas y las controversias más célebres que han ocupado á los sabios, las calumnias á que han estado expuestas las ciencias, los elogios y distinciones con que se les ha honrado; de indicar los principales autores, los mejores libros en cada género—*esto lo hizo Vives*,—las escuelas, los establecimientos sucesivos, las academias, los colegios, las órdenes religiosas, en fin, todo lo que concierne al estado de las letras. Ante todo, queremos—y esto es lo que constituye toda la bondad y, por decirlo así, el alma de la historia civil—que con los acontecimientos se relacionen sus causas, es decir, que se especifique la naturaleza de las regiones y de los pueblos que han tenido más ó menos disposición y aptitud para sabiduría, las circunstancias históricas que han sido favorables ó contrarias á las ciencias, el fanatismo y el celo religioso que ha intervenido, los lazos que les han tendido las leyes, y las facilidades que les han procurado, en fin, los esfuerzos notables y la energía que han desplegado ciertos personajes para el adelanto de las letras, y otras cosas semejantes. Todo esto deseamos que sea tratado, no á la manera de los críticos, perdiendo el tiempo en elogios ó censuras, sino haciendo simplemente historia y no mezclando en ella juicios más que con reserva» (11).

Divide Bacon la historia civil en Memorias—bocetos de historia,—Antigüedades é Historia completa. Esta última la subdivide en Crónicas, Biografías y Relaciones. Admite otra subdivisión de la Historia completa en pura y mixta. Al apreciar los defectos de la manera usual de escribir la historia, Bacon no difiere esencialmente de Vives. Los méritos propios del Canciller inglés, en lo relativo á la historia, consisten en los dos extremos siguientes:—1.° En la exposición minuciosa de las condiciones que debe reunir y fines que debe llenar la que él llama *historia natural*, que subdivide por su objeto en historia de las generaciones, de las pretergeneraciones y de las artes, según se ocupe en el estudio de la naturaleza tal como libremente se manifiesta de ordinario, ó en el de su disposición anormal, ó en el de

las obras artificiales. 2.º En el señalamiento minucioso del plan y condiciones de lo que denomina *historia natural,* no con entera propiedad.

Diderot y los autores de la *Enciclopedia*, que tomaron por base para su famosa clasificación científica la formulada por Bacon, le siguieron en lo de considerar la historia de las artes industriales ó *Mecánica* como parte de la historia de la Naturaleza.

Los grandes historiadores, especialmente los ingleses, como Buckle (1822-62) y Macaulay (1800-59), siguieron la tendencia de Vives y Bacon en cuanto á la manera de considerar el contenido histórico. Macaulay, en su precioso estudio sobre la *Historia,* describe maravillosamente las condiciones del buen historiador:—«Historiador, tal y como debe serlo, es, en nuestro concepto, aquel que reproduce en miniatura en las páginas de sus libros el carácter y el espíritu de una época, y que no consigna un hecho ni atribuye á sus personajes la menor palabra que no compruebe antes, y que sabe desechar y elegir y combinar tan discretamente, que dé á la verdad el encanto que usurpó la ficción. En sus narraciones se observan las reglas de la perspectiva: unos sucesos están en primer término y otros en segundo, pero cambiando la escala, según la cual los representa, no según la dignidad de los personajes que figuran en ellos, sino según la cantidad de luz que arrojan sobre la condición de la sociedad y la naturaleza humana. Y al propio tiempo que nos muestra la corte, los campamentos y el Senado, nos muestra la nación. No habrá detalle característico de las costumbres, ni anécdotas, ni frase familiar que le parezcan insignificantes, si son eficaces á ilustrar la acción de las leyes, de la doctrina religiosa y de la enseñanza, y á indicar algún progreso del humano espíritu. Ese historiador no describirá solamente á los hombres, sino que los hará conocer en su vida interior. Los cambios que se verifiquen, así en las costumbres como en el modo de ser de los pueblos, los indicará también, no con algunas frases ó citas de documentos estadísticos, sino por medio de imágenes apropiadas al asunto y que habrá de poner delante de nuestros ojos á cada línea que vaya escribiendo. Pondrá especialísimo cuidado en las circunstancias que más influencia ejercen y que más contribuyen á la felicidad de la especie humana, en las transformaciones sociales, en el movimiento que hace pasar á los pueblos de la pobreza, de la ignorancia y de la barbarie, al bienestar, á la instrucción y á la humanidad; revoluciones que generalmente se verifican sin ruido, ni tumulto, ni sangre; cuyos triunfos no se alcanzan nunca por la fuerza de las armas, ni por votaciones parlamentarias, ni se sancionan por medio de tratados, ni se custodian en archivos, sino que van su camino reposada y tranquilamente, ganando terreno en la escuela, en la iglesia, en el establecimiento comercial y en el hogar doméstico; que las corrientes de la superficie social no dan idea cierta del rumbo que llevan las corrientes inferiores, y así vemos que los pueblos pueden ser desgraciados en medio de las victorias más señaladas, y prósperos en medio de grandes derrotas» (12).

*
* *

En varias obras aplicó el mismo Luis Vives las ideas antes expuestas, v. gr., en los *Commentaria in XXII libros De Civitate Dei,* y en los opúsculos *De initiis, sectis, et laudibus philosophiae, De conditione vitae christianorum sub Turca, De Francisco Galliae Rege a Caesare capto* y *De Europae dissidiis et bello Turcico dialogus,* aparte de las notas *In Suetonium quaedam,* y de algunos trabajos ya examinados.

Las notas de carácter histórico son innumerables en los *Commentaria.* En la imposibilidad de recogerlas todas, haremos mención de algunas. Allí censura las ficciones del Beroso de Annio Viterbiense: — «Libellus circumfertur nomine Berosi Babylonici, qui Ianum dicit fuisse Noam, *eum libellum ego mera somnia narrare puto, digna profecto commentis Anianis.*» Allí da su opinión sobre los principales historiadores; por ej.: Salustio, á quien califica de: «*usurpator veterum vocabulorum*». Allí censura al autor de la *Historia Scholastica;* hace la historia de los juegos escénicos entre los Romanos; corrige lugares mendosos de los clásicos, y habla con acierto de numerosas cuestiones histórí-

cas, como las guerras de Mario y Sila, las fiestas de Ceres, el sentido de los dioses Lares, Lemures y Manes, etc., etc.

Una de las particularidades más interesantes de los *Commentaria* es la explicación que suele hacer Vives de las antiguas fábulas. Ya en los libros de *De disciplinis* enalteció luego la importancia de estas últimas; pero en los *Commentaria* trae ejemplos prácticos de su manera de explicarlas, demostrando comprender la verdad de aquella afirmación de Aristóteles en el libro I de la *Metafísica:* —

«Ὁ φιλόμυθος φιλόσοφός πώς ἐστιν»
(Cap. II.)

Tal ocurre con la ingeniosa interpretación que da de la fábula de Anfión. Otras veces, sin embargo, se muestra demasiado crédulo, como cuando trata de las predicciones Sibilinas de Virgilio, Ovidio, Lucano y otros. En la *Praelectio in Georgica Vergilii,* y en la *Bucolicorum Vergilii interpretatio potissimum alegorica,* siguió el mismo camino.

En el tratado *De initiis, sectis, et laudibus philosophiae,* después de algunas consideraciones preliminares en alabanza de la Filosofía, manifiesta Vives el estado de la Ciencia en los albores de la Humanidad, cuando «la Verdad, como dijo Demócrito, permanecía oculta en un profundo pozo». Tiene por primeros que á las especulaciones suprasensibles se consagraron, á aquellos nobilísimos varones conocidos por los Hebreos con el nombre de Profetas, y por otros pueblos con los de Vates, Sacerdotes, etc., entre los cuales se cuentan los Druidas celtas, los Gymnosofistas indios, los Magos persas, y entre los Griegos, Orfeo, Museo, Lino, Anfión y los Sabios que desde Tales Milesio hasta Pitágoras de Samos, se dedicaron al estudio de la naturaleza de las cosas.

Hace notar la singular importancia atribuida á los estudios astronómicos, y señala su transmisión de los Caldeos á los Egipcios y de éstos á los Griegos, en cuyas antiguas leyendas sobre la constitución del Universo encuentra rastros de aquellos conocimientos. Menciona también los adelantos realizados en la Astronomía merced á los descubrimientos de Tales, Anaximandro y Cleostrato. De la Astronomía

pasa á la Música, cita los nombres de sus inventores, y recuerda la importancia concedida al divino Arte por la Escuela Pitagórica. Expone los progresos de las Matemáticas entre los Egipcios y los Hebreos; y refiriéndose luego á la Medicina, de cuyos más ilustres cultivadores, y especialmente de Esculapio, habla con relativa extensión, observa de paso cuán fundamental principio de toda filosofía es la sentencia: *Mens sana in corpore sano.*

De la Teología hace grande y detenido encomio. Califícala de «*purissima philosophiae pars*», y de «*perfectissima sapientia; quae ex ore Altissimi prodiit*». Respecto á la Dialéctica, considera como su fundador á Zenón de Elea y como su perfeccionador á Aristóteles. En cuanto á la Gramática, dice que tuvo en Platón sus principios. Concretándose á la Filosofía propiamente dicha, hace notar que Pitágoras, el fundador de la escuela Itálica, fué el primero que se aplicó el nombre de *filósofo,* y que Tales, Jenófanes, Parménides, Zenón, Leucipo, Demócrito, Anaximandro, Anaxímenes y Anaxágoras elevaron estos estudios á un alto grado de esplendor. Sócrates, sin embargo: «*primus philosophiam, in coelis elementisque versantem et divagantem, ad civitatum atque hominum singulorum usus, vitamque devocavit, ut ea primum mortales scirent quae scire et expediret et oporteret, ne quum alia permulta magna quidem nossent et admirabilia, se ipsos praetermitterent incognitos*». Brevemente expone luego Vives la sucesión y tendencias de las tres Academias, contraponiéndolas á la dirección representada por las escuelas Epicúrea y Cirenaica; y finalmente, tratando de la escuela Peripatética, hace un extenso y calurosísimo elogio de Aristóteles, á quien califica de «*philosophorum omnium facilè sapientissimus*». Atribuye á los traductores y comentadores gran parte de la obscuridad que se achaca á las obras del Estagirita, las cuales cree más inteligibles en el idioma original que en las versiones. Enaltece el mérito de los libros de la Física. No elogia menos los de la Lógica— «*quae ars*—dice—*ab eodem*—Aristotele—*et incepta et perfecta est*». Refiere al Estagirita la invención de las artes Retórica y Poética, y alaba también los tratados de Moral y de Política. Sostiene, por último, que muchas de las cosas

que en Aristóteles nos parecen obscuras y difíciles de comprender, serían patentes y clarísimas para inteligencias más elevadas que las nuestras.

Esta opinión de Vives acerca del Estagirita se ve confirmada más tarde en el opúsculo *De Aristotelis operibus censura,* y desarrollada con algunas modificaciones en el tratado *De causis corruptarum artium.*

Termina el opúsculo con algunas profundas consideraciones acerca del atractivo, utilidad y aun necesidad del estudio de la Filosofía. Son tan bellas, tan admirables, que no resistimos al deseo de transcribirlas literalmente:—

> «Itaque quum per totam rerum naturam late fuerimus pervagati, illum tandem, ex visibilibus istis rebus, invisibilem mundi principem, omnipotentem, aeternum, immortalem inveniemus, quem quum noverimus, magno tum animo, atque excelso, quaecumque vanis mortalibus inania afferunt gaudia, despiciemus, tranquillitatem nostras in mentes adducemus tantam, ut nulla posthac agitari tempestatum procella possint, nulla vi de loco illo suo quietissimo dimoveri, nullo fortunae ictu placidissima queat turbari pax, vivemus laeti, vivemus securi, quae profecto, aut nulla est, aut haec est una bene beateque vivendi norma, quod universum genus humanum semper in ore habet, omnibus omni tempore expetit votis, ratio et via, quae ad illam ducit infinities meliorem sempiternam vitam, in qua animus divina origine haustus, cui nec senectus ulla nec mors, onerosi corporis vinculis exsolutus, ad sedes suas et cognita cognataque sidera, summa cum felicitate recurrit: eant nunc alii, et suas titillantes universas voluptates cum huiusce philosophiae vel minimo conferant oblectamento; dicant opes vitae humanae utiliores esse, quum absque illis melius viveretur, sine philosophiae dogmatis, ne vivi quidem possit; asserant homini aliud quicquam magis philosophia necessarium, quum sine ceteris rebus homo equidem sit semper, absque philosophia vero fera sit, non homo. ¿Et dubitat quisquam in hac sapientia, in hoc tanto bono, quo amplius, quo praestantius, quo excelsius mortalibus a Deo maximo dari vix poterat, totam impendere aetatem, quam non possit vere consumtam contritamque dicere, sed ad foenus ingens mutuatam? ¿Est ne aliquis, quum haec videat, qui non malit vel paucissimos cum hac vivere dies, quàm sine ipsa diutissimè magnis alioque comitatus opibus, magnaque potentia? quum sit unus dies, bene et ex praeceptis huius, actus, toti etiam immortalitati anteponendus.»

Según se ve, asigna Vives en esta obra al concepto de filosofía una significación muy amplia, equivalente al *«divinarum atque humanarum rerum cognitio.»* Tal extensión, en medio de la estrechez de límites en que había de circunscribirse la materia, era un grave obstáculo para la buena ejecución del plan. Así y todo, supo Vives desempeñarlo con gran tino y escogida erudición.

Claro es que puesta en parangón su obrita con enciclopedias como las de Brucker, Tennemann ó Richter, ó con monografías como la rotulada: *Academica, sive de iudicio erga verum ex ipsis primis fontibus,* de nuestro insigne Pedro de Valencia (13), tiene de resultar aquélla muy malparada, pero no hay proporción entre semejantes trabajos y un opúsculo compuesto, como su propio autor declara, *«inter nugandum».* De todas suertes, aunque el tratado *De initiis, sectis, et laudibus philosophiae* tenga grandes lagunas é imperfecciones, todavía revela en su autor una erudición nada vulgar, y es indudablemente una de las primeras exposiciones sintéticas que poseemos de la historia de la filosofía antigua.

*
* *

En el opúsculo *De conditione vitae christianorum sub Turca,* combate Vives la opinión de algunos cristianos que

aborreciendo la conducta de sus reyes, preferían caer bajo la dominación de los Turcos ó de algún otro gobernante infiel, á continuar sufriendo la tiranía de aquéllos. Contra estas manifestaciones expone Vives cuán angustiosa y miserable sería la vida de los Cristianos si ese su insensato deseo se realizara, y al mismo tiempo les estimula á que, perseverando en los principios de la verdadera religión, reúnan sus fuerzas para rechazar las incursiones de su común enemigo. Al efecto hace ver que si el fin á que todos tendemos es la eterna felicidad, la única vía que á semejante fin conduce es la verdadera piedad, á la cual pertenece, como declara el Apóstol, obedecer á los Príncipes y á las potestades ásperas ó benignas, y rogar á Dios que todo lo rige para que aquéllos gobiernen sabiamente. A estos principios se oponen varios errores; uno de ellos es entender que la libertad *política* es el derecho de hacer cada uno lo que se le antoje —*quantum libeat,*—como si esto se hubiera practicado nunca ó pudiera practicarse alguna vez sin la inmediata ruina de las sociedades.—«¿Quid tu dicis?—manifiesta Vives—¿sita vero est in hoc libertas, quod nihil ad publicum bonum aerario civitatis pendeas, vel Principis fisco? ¿quod penitus sublata sint vectigalia? ¿magistratus vel nulli, vel auctoritate debilitata prorsus et imminuta, ut a privato non differant? ¿quod impune liceat cuivis malefacere? ¿ubi visa est libertas haec? ¿quando audita? ¿quis populus, quae respublica vel punctum posset temporis in tali libertate consistere? ¿an non si omnia omnibus licerent, brevi fieret ut nemini liceret quidquam, et pro Principe uno excluso, sexcenti nascerentur postridie, nec esset ullus, qui se non in illius reponi ac collocari sedem vi, armis, caede omnium peteret ac contenderet?..... Contra potius, ea existimatur libertas summa, *legibus ac legitimis magistratibus quiete obtemperare, et bonos se ac moderatos praebere cives, voci legum aut magistratuum praesto esse, et imperiis prompte ac alacriter parêre.*»

Otras causas de tan erradas opiniones son: el gran número de guerras, que ha debilitado el amor mutuo entre los pueblos Cristianos, y el olvido de la Religión, porque «no faltan quienes se dicen cristianos, no por amor á la piedad

ó por su profesión de vida, sino á manera de sobrenombre, por haber nacido entre cristianos, no de otro modo que se podrían llamar romanos, cartagineses ó escipiones», á lo cual contribuye la seguridad de que tanto tiempo ha disfruta el mundo cristiano, con detrimento de aquel fervor que suele dominar en los períodos de tribulación y de prueba.

Si, pues, los Cristianos se vieran sujetos al yugo de los Turcos, pronto se sublevarían sus ánimos ante las continuas ofensas de que su Religión sería víctima, y se repetiría el ejemplo de los Macabeos. Por otra parte, ¿qué podrían esperar los cristianos de semejantes señores? «por cierto, no *riquezas, honores ni dignidades,* porque ¿quién concede esto á unos *perros* como seríamos nosotros para ellos? ¿qué *libertad* habría bajo tales señores, cuando ni siquiera disfrutan de ella los de su misma nación y secta? Del cultivo de las *letras* no habría que hablar. La *piedad* misma estaría en peligro; ¿qué quedaba pues? ¿fabricar una nueva naturaleza de la cual disfrutarán estos locos bajo el imperio de los Turcos?»

*
* *

Discútese acerca de si ha llegado íntegra á nosotros la vida de Julio César escrita por Suetonio. Entiende unos, fundándose en la manera como comienza esa obra, que faltan los primeros párrafos, en los cuales se narraría la ascendencia y la infancia de César. Juzgan otros, entre ellos Casaubon, que la *Vida* está completa, pues dada la celebridad del biografiado no había necesidad de consignar tales circunstancias. Creyendo Vives lo primero, ideó suplir lo que entendió que faltaba en la obra de Suetonio, procurando imitar con la mayor fidelidad el estilo del historiador latino. Divídense las adiciones en tres breves párrafos, en los que se trata de la *gens Iulia*, de la familia de los Césares, y del nacimiento y educación de Julio César.

El opúsculo *De Francisco Galliae Rege a Caesare capto,* como el *Dialogus de Europae dissidiis et bello Turcico,* y los *De pacificatione, De Europae statu ac tumultibus* y *De Pace*

inter Caesarem et Franciscum Galliarum Regem, antes mencionados, se refiere á sucesos políticos contemporáneos.

En el *De Francisco Galliae Rege a Caesare capto,* escrito en forma de carta á Enrique VIII, manifiesta Vives que los sucesos acaecidos pueden dar de sí dos enseñanzas importantes: primera, cuán poco debe confiarse en la suerte de la guerra; segunda, de cuántos males es fuente á veces para la Humanidad la ciega ambición ó mal aconsejado atrevimiento de un solo hombre: — «*quantum regno universo, tot gentibus ac populis, noceat hominis unius vel ambitio caeca vel audacia inconsulta.*»

Según aparece de la lectura de la carta, el propósito de Vives al escribirla fué aconsejar al monarca inglés que se uniera con Carlos V para llevar la tranquilidad al ánimo de los franceses, y persuadirles de que no presenciarían en adelante nuevas escenas de desolación. En la primera parte hemos hablado del contenido de este opúsculo.

En el *De Pace inter Caesarem et Franciscum Galliarum Regem, deque optimo regni statu*, expone Vives más meditadas consideraciones. Por lo mismo lo hemos examinado al tratar de las ideas políticas de Vives.

Dos partes pueden distinguirse en el *Dialogus de Europae dissidiis et bello Turcico:* histórica la una, filosófica ó moral la otra. Los interlocutores son:—Minos, Tiresias, la Sombra de Escipión y dos personajes á quienes da Vives los significativos nombres de: — *Basilius Colax* (Adulador de Reyes) y *Polypragmon* (Enterado de muchas cosas). Minos y Tiresias piden noticia á Polypragmon acerca del estado del mundo, y el interrogado les satisface dando cuenta de los principales acontecimientos acaecidos durante los primeros años de la XVI.ª centuria. Colax interviene algunas veces para defender la mala causa. La Sombra de Escipión manifiesta su autorizado juicio acerca de las guerras emprendidas por los Príncipes cristianos, y por último Tiresias formula su sentencia respecto á la marcha de los sucesos políticos, é indica los medios más adecuados para poner fin á tan universal agitación.

Con arreglo á este plan, trae á la memoria Vives acontecimientos tan diversos como: el origen de la guerra de Nápoles desde los tiempos de Alfonso de Aragón; la expugnación de Constantinopla por los turcos; la conquista de Grecia, Macedonia, Eubea y las islas del mar Egeo, por los mismos realizada; la sucesión de las guerras de Nápoles en tiempo de Carlos VIII y Luis XII de Francia; las empresas de los Pontífices Julio II y León X; las campañas de Lombardía; las contiendas surgidas entre Carlos V y Francisco I con motivo de la sucesión al Imperio de Alemania; la invasión de Navarra por el Rey de Francia, la toma de Fuenterrabía, el levantamiento de las Comunidades, la Liga Santa, la toma de Rodas por los Turcos, la devastación de Hungría por Suleimán II, y los demás sucesos de la guerra de Italia hasta 1526.

He aquí cómo describe Polypragmon el estado social de la época:—«En ningún tiempo ni nación fué tanta la discordia como hoy entre los cristianos. Antiguamente había enemistad entre Asiáticos y Europeos, en razón de hallarse divididos por los mares. Había también rivalidad entre poderosos Estados como Lacedemonia y Atenas, Cartago y Roma, ó entre aquellos que contendían por límites territoriales; pero ahora reina entre las distintas provincias un odio tan público é irreconciliable, que ni puede aplacarse con beneficios, ni cesar ó extinguirse con mediaciones. El Italiano desdeña á los Transalpinos como si fuesen bárbaros. El Francés desprecia el nombre de Inglés, y éste por su parte no tiene en gran estima á los Escoceses ni á los Franceses. Los desastres causados por las crueles guerras que los últimos y los Españoles han sostenido, dejaron en los corazones de los combatientes abundante semilla de aborrecimiento. Y ¡ojalá se concretase á estos límites la discordia! Pero ahonda más: hasta las ciudades sometidas á una misma autoridad disienten por un poco de agua ó por un pedazo de tierra; dentro de las ciudades pelean los diversos partidos: Colonnas y Ursinos en Roma, Adornos y Fragosos en Génova, Aragoneses y Andegaveses en Nápoles, Velascos y Manriques en España. Contiendas en las cuales lúchase ciega y encarnizadamente. El padre lega sus odios á los hijos, y así, más que hacerse, *nacen* ya enemigos. El lugar determina también enemistades: el hermano nacido

en tal barrio es contrario del que vió la luz en otro cuartel, y, si la ocasión se presenta, sacará la espada sin reparo contra el hijo de su propio padre. Los seglares odian á los clérigos, la plebe á los poderosos, los súbditos al que gobierna, y éste por su parte tampoco ama al pueblo. En las escuelas, en el campo de la Filosofía, donde parece que debieran tener su asiento la moderación y la modestia, la paz, el sosiego, la tranquilidad y la paciencia, reinan enconados odios entre los amantes de la lengua latina y los de la griega, entre los dialécticos y los filósofos, entre aquellos que gozan con la disputa y los que se deleitan con la tranquilidad de los estudios. Y ¿qué diré de los consagrados á unas mismas disciplinas? Por el más leve disentimiento deséanse plagas y muertes. Surgen así multitud de sectas, algunas de las cuales siguen á Tomás de Aquino, otras á Escoto, otras á Occam. Que se aborrezcan tanto luteranos y antiluteranos no me sorprende. Lo que me sorprende y me duele *es verles tan enemigos los unos de los otros que prefieren verse muertos á verse corregidos,* y en verdad que no da á entender otra cosa su manera de proceder. Ni siquiera entre los luteranos hay paz, con tener ellos siempre en boca las palabras: *fe, evangelio, caridad.* Aun entre aquellos que hacen profesión de fraternidad y se dan el nombre de *hermanos,* ¡cuánta división hay! Mejor dicho, ¡cuánta odiosidad! El fraile está contra el mendicante, el minorita contra el dominico, el claustral contra el observante; ¡cuántas expulsiones, injurias, amenazas y persecuciones!»

Ante tan enérgica pintura de los males de la época, ya puede suponerse cuál será la opinión de Vives tocante al proceder de los Estados. Así clama indignado, como Ulrico de Hutten (14), contra la conducta de la desenfrenada soldadesca, no perdonando á sus mismos compatriotas, de quienes dice:—«Hispani tum milites, nullis aliis cedunt improbitate, duritia oris, atrocibus dictisque factis, nescio an ex tanta continuatione victoriarum». Condena—como ya lo hizo antes en la carta al Papa Adriano VI y en los comentarios *De civitate Dei,*—las guerras entre cristianos, estimándolas fuente copiosa de muertes, rapiñas, incendios, y multitud de crímenes y desastres. Entiende Vives que

Italia es la causa de las más empeñadas guerras que ha presenciado Europa.

«—¿Por qué, pues — pregunta Minos — no se la ceden á los Italianos, y no se abandona desde luego una cosa tan perjudicial para el que la posee?

—Nada sería más conveniente para Españoles y Franceses ¡oh Minos!—responde Tiresias—¡ojalá convinieran en ello los Transalpinos! En tal caso, aquellos dos pueblos, mejor dicho, toda la cristiandad, tranquila, satisfecha, floreciente en fuerzas y en riquezas, unida entre sí, viviría mejor y podría oponer al Turco formidables fuerzas. Temo, sin embargo, que antes de conseguir nada, los mismos italianos que anhelaran expulsar á los extraños, y que para procurar este fin tomaran las armas y organizaran ejércitos, luego de haberse quedado solos pasarían de nuevo los Alpes y pedirían ayuda al español ó al francés para sujetarse á su soberanía.

—¡Cómo! ¿Acaso no saben gobernarse á sí mismos?

—Sí saben; y aun gobernar lo ajeno, porque son gente de singular ingenio, y no carecen de cordura, prudencia y experiencia de la vida, ni son de los últimos en arrojo ó en el arte de la guerra; pero están destrozados por facciones y divididos por odios irreconciliables, circunstancias todas bastantes para dar al traste con las ciudades y los imperios de más firme constitución. Tal es la enemiga de los unos contra los otros, que, no digo á un hombre, á un perro aceptarían por rey y señor antes que á un compatriota. Prefieren servir al español, al francés ó al alemán, á obedecer á sus conciudadanos.»

Esos rencores y esas guerras quiere Vives que se conviertan contra el turco, cuyos progresos ponen ya en peligro á la cristiandad. Con tal objeto aboga por la organización de aquellos *syncretismos* ó comunidades que formaban los pueblos antiguos y de que han dado ejemplo los modernos cuando excepcionales circunstancias han exigido la unión para contrarrestar las fuerzas de un común enemigo. Tal hizo Grecia contra Persia.

Al terminar su diálogo aconseja el filósofo valentino solicitar de Cristo la paz y el perdón de tanto delito, para

que, depuestas las armas, terminen también las contiendas y los ultrajes, y reinen el amor y la mutua benevolencia. En cuanto á lo humano — añade Vives, — quizá sanáramos de tan grave mal *si los dos jóvenes* — Carlos V y Francisco I, — contentos con los extensos dominios que poseen, vinieran en vivir amigos y acordes, ó si en caso de querer acrecentar sus reinos, hicieran la guerra al extraño y enemigo en religión antes que al vecino y al unido con ellos mediante los vínculos de la sangre y del espíritu. *El tercero* — Enrique VIII — creo yo que no habría de ser obstáculo para la estabilidad de la concordia, pues ha llegado á enviar á Hungría un socorro, poco importante y útil á la verdad, pero con piadoso y excelente ánimo ofrecido. Hizo lo que pudo, y, aunque alejado de estas contiendas, dado el apartamiento de su isla, entendió, sin embargo, que debía intervenir en aquella guerra emprendida en remotas comarcas contra las huestes musulmanas.»

Expresiones hay en el diálogo que quizá sorprendieran si no se tuviese en cuenta la libertad de criterio que distingue á Luis Vives. Esto, por otra parte, acrecienta el interés histórico del opúsculo *De Europae dissidiis et bello Turcico*. Refiriéndose, por ejemplo, á la conducta de los Príncipes, tienen Colax y Minos el siguiente coloquio:

«*Col.*—No des rienda suelta á la lengua, porque no debe hablarse temerariamente de los Reyes. Todos son varones probos.

Min.—Y sin embargo, viven pésimamente.

Col.—Pero son *los mejores*, aunque vivan mal.

Min.—¿Luego á ellos les será permitido obrar mal, y á nadie se le ha de consentir manifestarlo?»

Más adelante, al oir el relato de las campañas de Carlos VIII de Francia, exclama Minos:

«Acuérdome de él. Pero dime: ¿cómo un animalillo —*animalculus*— tan enteco, tan deforme y que tan pronto había de morir, pudo suscitar tantos conflictos?»

Pero Vives, que no era un iluso como lo fué el Abate de Saint Pierre, ni un utopista como Kant, Tolstoï ó alguno de los modernos evangelizadores del Derecho Internacional, sabía muy bien lo que podía esperar del inquieto espíritu

de sus contemporáneos. Así lo revela la irónica conclusión del diálogo:

«*Min.*—¿Crees tú, Tiresias amigo, que atenderán tus exhortaciones y escucharán tus vaticinios?

Tir.—Lo harán ó no lo harán — *aut facient aut non facient*—.

Min.—¡Bueno está eso! He ahí tu costumbre. Desa manera no te equivocarás nunca.

Tir.—Por eso lo digo. Una cosa te aseguro, sin embargo: que si no lo hacen, vendrá un día —¡ojalá no sea pronto! — en que desearán haberlo hecho — y entonces ¡ojalá no sea ya demasiado tarde!»

*
* *

En lo expuesto se sintetiza el criterio histórico de Vives, adoptado luego por Sebastián Fox Morcillo en su *De Historiae institutione dialogus*, publicado en 1557, y por Juan Costa, que tanto sigue á Fox Morcillo, en sus *De conscribenda rerum Historia libri duo* — 1591. — También tomó indudablemente de Vives Juan de Valdés la idea de su *Diálogo de Mercurio y Carón*, escrito en la segunda mitad del año 1528. La misma inspiración siguió Alonso de Valdés para su *Diálogo de Lactancio y un Arcediano*, escrito hacia 1527. Valdés quisó representar, en nuestra opinión, en la persona del Arcediano del Viso á Francisco de Salazar, colega en Roma del famoso Secretario Juan Pérez (15). Parécenos también que, tanto en uno como en otro *Diálogo*, puso mano Juan de Valdés.

Es evidente que Luis Vives pudo ampliar su idea acerca de la historia, pero la obra que emprendió era demasiado vasta para darle lugar á explanaciones. Así y todo, sentó tres principios fundamentales: 1.° Contenido *social* de la Historia. 2.° Escrupulosa exactitud en los hechos, sin llegar á *minuciosidad* en los detalles. 3.° Forma elegante y amena, que no asuste ni se haga aborrecible al lector. Después, lo que á Vives preocupaba era más bien la crítica de lo existente, el señalamiento de los defectos de que adolecían los diversos historiadores. Había en su tiempo mucho que destruir, mucho que aniquilar. Tampoco es hoy enteramente positiva la función del filósofo.